

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

EL ROUSSEAU DE LEMAITRE

Acabo de leer, y con grandísimo interés por cierto, las diez conferencias que dedicó, creo que en la Sorbona, Julio Lemaître á Juan Jacobo Rousseau (*Jules Lemaître, Jean Jacques Rousseau*. París, Calmann-Lévy).

Sabido es que las tales conferencias tuvieron un gran éxito, y que han dado lugar á no pocas polémicas.

En el fondo, las tales conferencias han tenido tanto de político como de literario, y han sido un acto más de la reacción discreta y razonada contra los últimos excesos del jacobinismo francés.

Debo declarar que me es muy poco simpático este jacobinismo, y que pareciéndome muy bien la labor de un Combes, un Waldeck-Rousseau y hasta la de un Clemenceau, me causan pena declaraciones como las que lanzó desde la tribuna el ministro Viviani, jactándose de que se le hubiera arrancado al pueblo la fe en otra vida ultraterrena.

Pero si el dogmatismo racionalista, la ridícula fe en que la Ciencia y la Razón bastan y la falta de espiritualidad del jacobinismo me son poco sim-

páticos, no me lo es más el conservadorismo archidiscreto y el escepticismo elegante del neocatólicismo literario francés. Me repugnan esos católicos volterianos y nacionalistas que defienden el catolicismo porque va ligado á las grandes figuras de la literatura francesa, y sobre todo, porque el protestantismo les parece germánico. No creo posible mayor mezquidad de punto de vista.

He querido siempre á Rousseau; le he querido tanto cuanto me ha sido odioso Voltaire. He querido siempre al padre del romanticismo, y le he querido por sus virtudes evidentes y hasta por sus más evidentes flaquezas; he querido siempre á esa pobre alma atormentada, que á pesar de profesar, por defensa propia, el optimismo, es el padre del pesimismo. Y en esto no se para Lemaître, ni me parece haber visto bien que á pesar de las apariencias, Rousseau, el padre espiritual de *Obermann*, fué siempre un sombrío pesimista, un negador del valor de la vida.

Lemaître juzga á Rousseau con gran severidad, hasta con dureza, y le carga en cuenta casi todos los que él estima males que han asolado á Francia. Y en el fondo, ¿sabéis cuál es la acusación principal que contra él dirige? La de ser extranjero. No lo dice expresamente así más que dos ó tres veces; pero se lee entre líneas.

«Esta sinrazón—dice en la conferencia décima—esta subordinación total del juicio á la sensibilidad, le coloca en un lugar único en nuestra literatura. Comparadle, no digo con los grandes escritores del siglo XVII, sino con Voltaire, con

Montesquieu, con Buffón, hasta con el aventuroso Diderot. ¡Qué sensatos se os aparecerán! ¿Por qué no decirlo? Innumerables páginas de Rousseau desbordan de un absurdo ingenuamente insolente. Os he hecho ya notar que sus más decididos partidarios se ven á menudo obligados á interpretarlo y á confesar que lo interpretan; no hay que considerar, dicen, lo que dice, sino lo que ha querido significar, y que es profundo ó sublime. Ahora bien: Rousseau es el único de nuestros clásicos (si es que puede dársele este nombre) que necesite de una interpretación tan complaciente y tan radicalmente trasformadora del texto. Los demás pueden engañarse; dicen lo que dicen y no otra cosa. Entre sus audacias ó sus caprichos les queda su razón. Se mantienen en la tradición francesa. Rousseau, este interruptor de tradiciones; Rousseau, este extranjero, inserta en nuestra historia literaria un fenómeno, un monstruo.»

Y más adelante, al final de su última conferencia, dice: «He adorado el romanticismo, he creído en la Revolución. Y ahora pienso con inquietud que el hombre que no sólo ciertamente, pero más que nadie, creo, resulta haber hecho ó preparado entre nosotros la Revolución y el romanticismo fué un extranjero, un perpetuo enfermo, y por último, un loco.»

¡Un extranjero! He aquí el mayor delito para este francés francisante. Un extranjero, es decir, ¡un bárbaro! Y, además, un loco. Y un loco en cuanto extranjero.

¿Qué? ¿Os choca esto último que digo? Pues oid

al mismo Lemaître, que os dice que las partes más sanas de Rousseau son aquellas en que hubiera reconocido á sus abuelos parisienses y católicos. Es decir, que la locura de Rousseau le venía de lo que tenía de no francés. Sabido es, en efecto, que la razón es un privilegio de la raza francesa— M. Pierre Lassere os dirá que es privilegio del francés ser entusiasta sin hacer el primo, sin ser «dupe»—y que los demás pueblos no gozan de ella sino en cuanto se dejan influir por el espíritu francés.

Y estos hombres, henchidos de la más ridícula petulancia colectiva, petulancia que se nutre de la ignorancia de los demás y hasta de la incapacidad de comprenderlos; estos hombres nos hablarán del orgullo de Juan Jacobo.

M. Lemaître se cuida del lugar que Rousseau ocupa en la literatura francesa y duda de si puede ó no llamársele un clásico de ella; pero no se le ocurre pensar cuál sea su lugar en la literatura universal, y si es posible que signifiquen muy poco ó no signifiquen nada en ello tal ó cual clásico francés, su Bossuet, verbigracia, que á los no franceses nos resulta sencillamente insoportable.

Al final de su séptima conferencia dice Lemaître: «Pues este hombre, que ha escrito él solo más tonterías, mucho más que todos los demás grandes clásicos juntos, es también el que ha abierto á la literatura y al sentimiento más caminos nuevos...» Y es natural. Leed entre los maravillosos ensayos de William James («The will to believe and other essays») el titulado *Los grandes hombres y su am-*

biente («Great men and their environment»), y veréis cómo os explica que la absurda física de Aristóteles y su lógica inmortal, fluyen de la misma fuente. En cambio, no he encontrado ni una sola tontería en las diez conferencias de Lemaître; pero, en cambio, tampoco me ha abierto una sola senda y no me ha servido más que para admirarme de cómo el «bon sens» puede ahogar todo profundo sentido de comprensión íntima.

En otro pasaje nos dice que sí, que Roseau estaba loco, sin duda, y en seguida añade con su buen sentido habitual: «¡Y cuántos hombres no lo estarían á nuestros ojos, Dios mío, si los conociéramos, si escribieran libros y si entre su desvarío tuvieran algún genio!» Y he aquí por qué no se le puede conocer á Lemaître su locura: porque no tiene ni un átomo de genialidad.

Leéis las diez conferencias, rebosantes de «bon sens», y no podéis por menos de ir diciendo: ¡es verdad, tiene razón este señor profesor!; pero al concluir las y traer á vuestra memoria al Rousseau de vuestros años juveniles, exclamáis: «¡je pur si muove!»

Cuando Lemaître quiere explicarse cómo Rousseau, á pesar de sus contradicciones, de sus paradojas, de sus absurdos, despertó el entusiasmo de tantos y llegó á ser un ídolo como no pudo serlo el antipático y razonable Voltaire; cuando ve todo esto no se le ocurre sino acudir á la estupidez, á la «bêtise» humana, que no se entusiasma ni con Bossuet ni con Augusto Comte, que parecen ser dos de los santones de Lemaître y sus congéne-

res. Y esto de la «bêtise», ó de la estupidez, es una explicación de una profundidad inaudita; es una explicación sencillamente «bête».

¡Pobre Rousseau! En el fondo de los ataques que á este protestante ginebrino dirige el profesor parisiense y catolizante — no me atrevo á llamarlo católico, — no hay sino un horror á la pasión y un culto á la razón. Aunque el buen hombre proteste de lo primero y nos quiera hacer ver que la sensibilidad no es la sensiblería romántica, ni la pasión el desenfreno.

Siempre en el seno del catolicismo ha habido dos tendencias. Una, la genuinamente religiosa, la cristiana, la mística si se quiere, la no pervertida por el moralismo mundano, la que floreció en los jansenistas, en Francia — en aquellos nobles, profundos y santos jansenistas, — la que muestra el lado por donde el catolicismo puede entenderse y concordarse con las demás confesiones cristianas, y de otra parte la tendencia política, la específicamente católica, la escéptica. Los católicos de la primera tendencia han sentido simpatía por Rousseau, aun deplorando los que estiman sus horrores y aversión á Voltaire, mientras que los católicos de la segunda tendencia han temido á Rousseau y se han recreado con las «polissoneries» de Voltaire.

M. Lemaître parece acercarse á este segundo y horrendo catolicismo volteriano, resucitado por motivos políticos, y sobre todo por francesismo, á este catolicismo nacionalista que es la ruina de toda verdadera piedad. Y este catolicismo se está poniendo en moda en Francia.

Cuando hace poco, en respuesta á la «enquête» que ha abierto el *Mercure de France* sobre si asistimos á una disolución ó á una evolución de la idea y del sentimiento religioso, ví que el poeta Francis Jammes contestaba: «Asistimos á la disolución de todo lo que no es el catolicismo», no se me ocurrió sino exclamar: «farceur! poseur!» Y en el mismo número — en el cual iba también mi respuesta — contestaba Lemaître: «Confieso que no sé nada de ello». Lo cual puede ser verdad y puede ser «pose» de escepticismo.

Por supuesto, á pesar de estos «dilettanti» de catolicismo y de estos execradores del romanticismo y de la Revolución, la obra del «affaire», la obra de la separación de la iglesia y del Estado, la obra de la Revolución, en fin, sigue. Y en esa obra alienta el espíritu del ginebrino, del descendiente espiritual de la Reforma, y á esa obra han contribuido los hijos de la Reforma, esa animosa y austera minoría de nietos de hugonotes que son la sal del espíritu religioso francés. Y es de esperar que salvarán á Francia del catolicismo escéptico y del racionalismo agnóstico y que Francia será cristiana.

La lectura del «Rousseau» de Lemaître, la lectura de «Le romantisme français» de Lasserre, que Lemaître recomienda, me han llenado el ánimo de tristeza y de irritación; de tanta tristeza y tanta irritación como me llena la lectura de cualquiera de los libros de Jules de Gaultier ó de otro de la secta. Es el nihilismo católico que avanza, y un nihilismo frío, seco, racionante. La suprema preo-

cupación de estos desdichados parece no ser «dupes», no dejarse coger de primos.

Y me acuerdo de nuestro Don Quijote, de aquel glorioso Caballero de la Fe, honrosísimo blanco de todas las burlas, ludibrio de las gentes todas y á quien un niño podía engañar, de aquel prodigio de valor que supo arrostrar impávido el ridículo.

Cuando el temor de hacer el ridículo se apodera de un individuo ó de un pueblo están perdidos para toda acción heroica.

Pilatos quiso hacer un sainete del juicio de Jesús de Nazaret y convertir su pasión en farsa, le puso cetro de caña y manto y le presentó al pueblo, diciéndole: «¡He aquí el hombre!» Pero el pueblo necesitaba tragedia, y aulló: «¡Crucifícale!» Y Pilatos es hoy la execración de las gentes.

Las conferencias de Lemaître están henchidas de ironías fáciles, pero no hay en ellas un sólo acento de profunda indignación ó de profunda piedad, de odio verdadero ó de verdadero amor. Y se ve desde luego que el buen señor es capaz de todo menos de sentir á Rousseau, el extranjero.

¡El extranjero! Sí, el extranjero fué el principal promotor de la Revolución. Y así sucede siempre, la vida nos viene de fuera. Incluso á los franceses.

ROUSSEAU, VOLTAIRE Y NIETZSCHE

Las conferencias de M. Lemaître sobre Rousseau, de que ya aquí mismo tengo tratado, y el libro de M. Lasserre sobre el romanticismo francés, han tenido la virtud de poner una vez más poco menos que de moda entre ciertos intelectuales al inagotable ginebrino.

Todos cuantos aman el recuerdo de Rousseau, reconocen que no están destituídos de fundamento los reproches que se le dirigen, pero creen, por otra parte, que no es la buena fe la que de ordinario los dicta. Y esto es claro en el caso de Lemaître.

En el número del *Mercure de France*, correspondiente al 15 de este mes de Junio, acabo de leer un trabajo de Luis Dumur sobre los detractores de Juan Jacobo, y en él encuentro, como no podía menos de ser, no pocos de los puntos de vista que indiqué en la correspondencia que al mismo asunto dediqué en estas columnas. M. Dumur hace hincapié en el hecho de que los detractores franceses de Rousseau le echan en cara,

sobre todo, el haber sido suizo y no francés, y protestante y no católico de origen.

Por lo que al primer punto respecta, hace notar M. Dumur que el francés es un producto del cruzamiento de un celta, un romano y un germano, y que el ginebrino es un producto análogo, descendiente de una tribu celta (los alóbrogos), de una colonia romana y de un pueblo germano (los burgundos). Añade que, por el contrario, un bearnés, un bretón, un provenzal y hasta un gascón, no tiene esta triple ascendencia, entrando en ellos razas desconocidas al resto de Francia, como son los ligures, los iberos, los griegos y los fenicios, y que son mucho menos franceses que un ginebrino, un valdense ó un walón.

He aquí una cuestión delicadísima, como todas las que se refieren á etnología. En cuanto se habla de razas y sangres, y de su pureza ó su mezcla, reclamo siempre en mi ayuda todo el repuesto de escepticismo que en mí puede haber. Rara vez se fundan en verdadera ciencia las consideraciones que de la raza se sacan, siendo casi siempre consideraciones basadas en pasión. Creo que en pocas cosas tenemos el camino más expedito que lo tenemos en cuestiones de razas, porque aquí podemos estar seguros de una cosa, y es de que no se sabe nada de cierto. Y no es poco saber. En el caso de Rousseau, sin embargo, se sabe que descendía de una familia parisiense.

Acostumbro sustituir la consideración de la raza con la de la lengua, porque si es difícil, acaso imposible, determinar la raza á que un europeo

pertenezca, es una cosa facilísima la de averiguar en qué lengua piensa. Y la lengua es, he de repetirlo una vez más, la sangre del alma, el vehículo de las ideas, y Rousseau pensaba y se expresaba en francés correcto y genuino.

En cuanto á lo de haber sido protestante. M. Dumur se revuelve contra la especie de que la Reforma no fuera francesa y hace notar cómo eran franceses cuantos llevaron el protestantismo á Ginebra, excepto uno. Francés fué el primero: Farrel; francés fué Froment, y francés fué sobre todo, el gran Calvino, una de las cabezas de la Reforma. Y Calvino, como hace notar muy bien M. Dumur, fué uno de los franceses más franceses, con todas las cualidades que distinguen á la inteligencia y al temperamento franceses. Francés fué aquel picardo de espíritu claro, lógico, artista, aquel dialéctico y aquel organizador, aquel político admirable y admirable escritor «que renovó la lengua con la misma maestría con que renovó la teología» y ciertamente, su libro de la «Institución» es, á la vez que un monumento á la teología cristiana, un monumento de la lengua francesa.

Esto que sucede en Francia, en que unos cuantos señores que se han declarado católicos—católicos volterianos que no creen en Dios ni el Diablo—por «chauvinisme» ó patriotería, por francesismo, por estimar que lo protestante es germánico y antilatino, esto mismo sucede, aunque en menor escala, también en España. Pues en España también hay quienes maldicen del protestantismo, no por lo que tenga de heterodoxo, desde el pun-

to de vista de la iglesia católica romana, sino por lo que dicen que tiene de no español, de exótico, de extranjerizante. Y si en Francia el protestantismo tiene una tradición nobilísima—recuérdese á Calvino, á Coligny, á Guizot, á tantos otros—no deja de tenerla también en España. Yo creo que nuestros místicos españoles del siglo XVI preludiaron una verdadera Reforma española, indígena y propia, que fué ahogada en germen luego por la inquisición.

Claro está que al hablar así del protestantismo no me refiero á ese protestantismo de secta y de capilla abierta, con sus pastores á sueldo de cualquier sociedad más ó menos bíblica. Los adherentes de este protestantismo suelen ser, entre nosotros, más fanáticos y más estrechos de criterio que los católicos. Acostumbran negar el dictado de cristianos á los que, como los unitarianos, no admiten la divinidad de Jesucristo, y en punto á la autenticidad de los libros sagrados llegan á extremos verdaderamente ridículos. Están tan cerrados como los católicos, si es que no más, á las consecuencias obtenidas por la exégesis verdaderamente científica y por los trabajos bíblicos que han ilustrado hombres como Baur, Strauss, Harnack, Holtzmann, etc.

Pero, dejemos esto y volvamos á Rousseau.

Es un hecho que á los ojos de esos neocatólicos literarios franceses de la laya de los Coupée, Barrés, Maurras, Lemaître, etc., halla Voltaire mucha más gracia que Rousseau. Y en el fondo, el catolicismo de los intelectualistas modernos es de

fondo volteriano, esto es, conservador. Entre nosotros mismos, aquí en España, el catolicismo político de los moderados y conservadores—de un Moyano ó un Cánovas del Castillo—fué un catolicismo volteriano.

A este respecto creo conveniente trasladar aquí lo que el gran Carducci escribía en su estudio sobre el Dante, Petrarca y Boccaccio. Escribía así: «Considerando, por vía de parangón, cuál fuese el poder de Petrarca en su tiempo y cuál la diferencia entre su ingenio y el del Dante, veremos que el paso dado por Boccaccio no estaba exento de riesgos y dificultades. Imaginaos que D'Alembert, en vez de soplar el fuego de la discordia entre los dos hombres más grandes del siglo XVIII, hubiese escrito á Voltaire para animarlo, dejando de lado sarcasmos, á que admirase y alabase á Juan Jacobo; que Melanchthon hubiese escrito algo parecido á Erasmo cuando éste rompió con Lutero, espantándose su elegancia por la dura audacia del fraile. Imaginaos algo de esto, lectores, y figuraos las respuestas que probablemente habrían recibido. Verdad es que Dante había muerto y el Petrarca no era culpable, si es que lo era, más que de silencio. Sin embargo, la respuesta de Petrarca es tal, que parecería yo injusto al dudar de que Erasmo y Voltaire la hubieran hecho igual en semejante caso. Pero, antes de leerla, entendámonos un poco, si os agrada. Dante, Lutero, Juan Jacobo, son como los grandes rebeldes de sus respectivos siglos, hasta cuando parece que se obstinan en defender la autoridad. Petrarca, Erasmo y

Voltaire son, en el fondo, conservadores, si se me permite aplicar á ingenios tan elegantes estas metáforas de la revolución, y lo son hasta cuando llegan á la parte tribunicia ó de demolición. Entre los unos y los otros hay antipatía de naturaleza, y los segundos guardan un secreto miedo de los primeros, de donde procede su recato, su suspicacia y las restricciones en el modo de tratarlos y de discurrir sobre ellos»

En este pasaje de Carducci está perfectamente indicada la diferencia entre los verdaderos revolucionarios y los que sólo lo son de apariencia. De un lado los espíritus religiosos, los hombres de pasión y de fe, los de entusiasmo: el Dante, Lutero y Rousseau; y del otro lado los espíritus escépticos, los hombres de raciocinio y de duda: Petrarca, Erasmo y Voltaire.

Y es que el elemento más genuina y eficazmente revolucionario, es decir, progresista, el resorte más enérgico de todo progreso es el entusiasmo religioso, es la fe, y el elemento más genuina y eficazmente conservador, cuando no reaccionario, la rémora más grande á todo progreso espiritual, es el sentido racionalista. Es la ilusión lo que hace avanzar á los pueblos.

Todos los volterianos enemigos de Rousseau son, en el fondo, tan conservadores como lo era Voltaire mismo. Faltos de toda creencia religiosa, de toda fe en la trascendentalidad de la vida, creen, sin embargo, que la religión puede ser un arma política y que es un medio de contener á las muchedumbres.

Se me dirá que también los racionalistas pueden ser hombres de fe y que hay quienes la tienen en la razón misma. Sin duda alguna, pero éstos, en el fondo, no son tales racionalistas. La razón en que ellos creen no es razón, como no es ciencia la ciencia en que creen los científicistas.

Conozco adorador de Nietzsche—y ¡qué estragos ha hecho este hombre funesto en la legión de espíritus faltos de cultura filosófica!—que se cree libre de toda ilusión trascendente, cuando no hace sino vivir de ilusiones y de los fantasmas que le sugirió aquel desgraciado poeta y soñador que, para defenderse de su ingénita y jamás vencida debilidad, inventó la sofistería de la fortaleza.

En el tercer volumen de su gran obra sobre la *Reconciliación y la Justificación*, decía Ritschl, que la oposición entre la ciencia materialista y el cristianismo no es sino la oposición «entre el instinto de la religión natural fundido en la observación científica, y de otro lado, la concepción cristiana del universo». Lo cual quiere decir, que no es la ciencia lo que se opone á la religión, sino que es la religión pagana, ó más bien, el sentimiento religioso pagano, disfrazado de ciencia, lo que se opone á la religión cristiana.

En rigor, no hay nada más menos científico que los ataques que á nombre de la ciencia se dirigen al cristianismo. A los dogmas de éste—del cristianismo dogmático, se entiende—se oponen otros dogmas, no menos dogmas, y no menos extrarracionalmente contruidos.

Un libro como el famoso *Fuerza y materia*, de

Büchner, pongo por caso, es de lo menos científico y de lo más religioso—religioso pagano—que puede darse, empezando porque los conceptos mismos de fuerza y de materia, tal y como Büchner los concibe y los aplica, son conceptos místicos y muy poco racionales.

Y no vengamos á hombres como Nietzsche, porque sus calumnias gratuitas y absurdas contra el Cristo y el cristianismo no han podido hallar acogida y asenso más que entre personas profundamente ignorantes de lo que es y lo que significa el Cristo, y que jamás se han tomado la molestia de leer con atención y sin prejuicios los Evangelios. El desdichado soñador llamó ladrón de energías al Cristo, que es quien más energías ha despertado, y él, por su parte, ha contribuído más que nadie á que se crean genios no pocos majaderos y que se figuren tener almas de leones, por haber aprendido sus aforismos, legión de borregos que, por espíritu rebañego, se han apartado del grueso del rebaño.

En el breve, pero sustancioso estudio que dedica Papini á Nietzsche en su libro que ya antes he recomendado, *Il crepuscolo dei filosofi*, después de poner de manifiesto, citando pasajes evangélicos, lo gratuito y arbitrario de los ataques de Nietzsche al Cristo, añade: «Pero su odio al cristianismo derivaba, en parte, de una especie de rivalidad ó de miedo que se puede sorprender en ciertos de sus pensamientos. Lo combatía por una especie de rencor contra aquella tentativa de sustituir nuevos vencedores á los antiguos. Por

una extraña y anacrónica solidaridad, Nietzsche gustaba de los fuertes de tipo pagano, y me atrevo á insinuar que las críticas que dirigió contra el cristianismo tienen un motivo semejante á aquel que atribuye al cristianismo, y es el miedo».

Siempre he creído que Nietzsche fué un hombre dominado por el miedo, por el miedo de morirse del todo, miedo que le hizo inventar lo de la vuelta eterna y miedo que le hizo arremeter contra el cristianismo, ya que no lograba ser cristiano. El fué quien dijo que en el fondo sólo ha habido un cristiano, y éste murió en la cruz. Y antes que él, otro hombre que se le parecía en ciertas cosas, pero que, en conjunto, le era muy superior, Kierkegaard, el gran teólogo y soñador danés, alma atormentada y heroica, había escrito que la cristiandad está jugando al cristianismo. Pero Kierkegaard fué un hombre demasiado sincero para haberse popularizado.

Pero todavía puede uno simpatizar con el alma de Nietzsche aun abominando de sus enseñanzas y cobrar cariño y admiración—hijos de piedad una y otra—á aquel espíritu de torturas que vivió en lucha perpetua con la Esfinge, hasta que la mirada de ésta le derritió el sentido arrebatándole la razón. Pero con quienes es muy difícil simpatizar, es con los nietzschenianos, sobre todo con los nacidos y criados en nuestros países católicos, donde la ignorancia en materias religiosas es la ley general.

Y desgraciado del pueblo en que se agosta ó se hiela el hondo sentimiento religioso que ha produ

cido esos grandes rebeldes como el Dante, Lutero y Juan Jacobo. La causa del progreso espiritual está perdida en tales pueblos y muy pronto las clases cultas de ellos pierden el apetito de vivir, cayendo en las formas del tedio disfrazado y en toda clase de deportes, entre los que se cuenta la política. Porque la política en estos desgraciados pueblos, cuando no es un medio de medrar y de satisfacer concupiscencias ó codicias personales, es un deporte, un verdadero juego. El ideal ha desaparecido por completo.

Mi buen amigo, el joven uruguayo Alberto Nin y Frías, que no siente vergüenza de profesar á todos vientos su cristianismo, se me lamenta de la indiferencia con que es acogida la labor suya y de otros animosos compañeros suyos, y de la rabia con que le atacan los nietzschenianos y anticristianos de por allá. Y yo le aconsejo que no haga caso de los espíritus rebañeros que, no encontrando su humanidad se han agarrado á lo de la sobrehumanidad, y que siga tranquilo y confiado su labor constante. Esa moda pasará y en cambio hace ya veinte siglos que, en una ú otra forma, no ha dejado de estar de moda siempre el Cristo. Y los que más abominan de El están, sin saberlo ni quererlo, más vivificados de lo que creen por su doctrina.

Lo horrible, lo verdaderamente horrible, es el escepticismo volteriano, el que ha hecho esos convertidos franceses á los que tan justamente fustigaba Gourmont en el «Epílogo» del número de primero de este mes de junio, del «Mercure de

France». Son convertidos que se convierten para vender un libro. Eso no es más que literatura y cristianismo á lo Chateaubriand, es decir, comedia. Se prendan de la Virgen. Y á este propósito dice Gourmont, que no sabe si Pascal, que tenía inteligencia de hombre, nombra una vez siquiera, con reverencia particular, á la Virgen Santísima. Y como en mi «Vida de Don Quijote y Sancho» he discurrido sobre lo que este culto idolátrico á la Madre de Jesús significa y vale en su fondo, no me parece bien repetirlo ahora aquí.

Y así los individuos y los pueblos, después de errabundas divagaciones por los más extraños campos, vuelven siempre á los eternos principios de la eterna fe y de la esperanza eterna que son la sustancia de la vida espiritual.